

## CINCUENTENARIO DE EL MADRIGAL DE CETINA \*

AQUÍ ESTAMOS rodeando al ilustre, por varios títulos, doctor Francisco Monterde, a quien la Biblioteca Nacional, por feliz iniciativa de su distinguido director, rinde el homenaje que merece al cumplirse los cincuenta años de la publicación de su primer libro. Digo el mejor homenaje con tan singular motivo porque se exponen aquí, junto con los primeros poemas impresos de don Francisco, la mayor parte de los frutos de su fecunda, de su fructífera vida cristalizada en libros, páginas de revistas y periódicos, retratos de su estirpe y fotografías de los momentos destacados de su laboriosa existencia; todas cosas que son el mejor monumento al trabajo de un hombre que sin tregua ha laborado por la cultura de México.

Inseparable de este ilustre maestro también está presente, hoy enriquecido y afinado por la sabiduría y por los años, aquel joven que hace algo más de cincuenta años cuidó la edición de *Las arcas de la Nueva España*, salido de las prensas en 1917, pero que por un doloroso azar de nuestra gestación como pueblo, fue quemado con todo y el taller editor, por cuyo motivo quedó inédito, pues su autor salvó, para testimonio, un solo ejemplar, al que accedo con toda la indiscreción del investigador, curioso si no sabio, y eso por bondad del siempre amable Francisco Monterde García Icazbalceta.

En *Las arcas* hay valores que recalcar porque delatan al hombre: el orgullo de la estirpe individual y nacional y el señorío. En el orden literario, el interés por las combinaciones métricas antiguas —rondel, lay, virelay—, suscitado entre nosotros por los modernistas, Olaguíbel en particular. Y una cosa más digna de notarse entre los poemas de *Las arcas*: que se hallan allí unas “Loanzas del musgo, del heno y de la hiedra” en cuyo elogio Monterde concuerda con Hopkins, el poeta inglés cantor de la carroña y de las cosas humildes, pues ambos las alaban porque son hechura de Dios.

Perdidas *Las arcas de la Nueva España*, festejamos el cincuentenario de *El madrigal de Cetina*, aparecido en 1918 y reeditado hoy en homenaje al autor por la oficina tipográfica de Alejandro Finisterre.

Unidos, pues, familiares, hasta la tercera y cuarta generación,

\* Leído el 27 de noviembre de 1968, en la sala “José María Vigil” de la Biblioteca Nacional de México, en ocasión del homenaje a don Francisco Monterde.

como se augura en la misa nupcial; alumnos y amigos, nos congratulamos y felicitamos a don Francisco por el don divino de serle permitido bajar por un momento la pluma y oír su laude en labios —no de un su discípulo, como yo hubiera querido serlo—, sino en los de un amigo menor por todos conceptos, excepto por el de haberle él otorgado el honroso título, acaso por la sola razón de que he intentado seguirle —¡ay!, de muy lejos—, en los caminos de la investigación.

Inicia Monterde su vida literaria con aquellos libros que se ubican en la corriente colonialista junto a la cual, para precisar la perspectiva y colocarla en su contexto correcto, hay que poner el tema de la provincia de López Velarde; *Los de abajo*, de Mariano Azuela; el urbanismo de *La vida humilde*, de Martín Gómez Palacio —otro libro en cincuentenario—, que significan todos no precisamente un rescate, pues no había habido una pérdida, sino una total toma de conciencia de México. Dije total queriendo significar que si volvimos los ojos a la colonia no fue por mera “tristeza reaccionaria”, sino porque nos importaba tener una imagen completa y desde sus orígenes, de esa patria por entonces desgarrada, pero que sabíamos completa: con historia, con provincia, con ciudad y con revolución. Es decir, con un sentido y un destino.

Por ese tiempo moría también el modernismo, a lo que contribuyó eficazmente el soneto de González Martínez. Corriente, empero, que apenas hoy empezamos a ver en su verdadera perspectiva y a considerar en todo su peso y significación. Un elemento muy criticado del modernismo, el exotismo, hemos de estudiarlo meditadamente para justipreciar hasta dónde fue indicio de evasión —¿no sería la escenografía, como sugiere Brushwood?—, y en qué medida fue instrumento para expresar nuestras propias preocupaciones. Reflexiono en esto porque el segundo libro poético de Monterde, es el *Itinerario contemplativo*, editado en 1923, con un “Elogio del buen haijín” de José Juan Tablada; “haijín, explica, es el poeta del haikai”. ¿Qué mayor evasión, podría pensarse, que el empleo de una forma y técnica japonesa? Pero todo el libro es un viaje por tierras de México, pues se compone de estas tres partes: México-Orizaba; Orizaba-Río Blanco y Río Blanco-Veracruz. Y este arraigo del *Itinerario en México*, está agudamente instruido y subrayado por Tablada cuando dice que el haijín de Monterde

... discierne del animal  
y la flor las almas hermanas,  
con esa armonía cabal  
del paraíso terrenal  
y las bateas michoacanas ...

¡Paraíso terrenal y maques de Michoacán, nada menos! Que es juntar lo terrenal y lo celestial; la coyuntura concreta con la patria inmutable, ahistórica.

Entre tanto Monterde transita por los caminos del teatro y los de la novela. Yo diría que poeta, novelista y dramaturgo desembocan naturalmente en los campos de la cátedra y de la investigación. Y de la crítica.

Poner en claro figuras literarias —o históricas—; tomar a un hombre para examinarlo exhaustivamente en lo biográfico y de allí seguir al examen total de su obra literaria no es, a mi entender, sino llevar a pleno desarrollo las disciplinas y las experiencias del creador. Pionero es Monterde en varios de estos campos. Por ejemplo, conviene aquí recordar su *Defensa de una obra y de una generación* precedida en el folleto editado en 1935, por la nota *El "descubrimiento" de Los de abajo*, de John E. Englekirk, en donde Monterde, además de confirmar su temprana valoración de la novela de Azuela explica y defiende a su propia generación, lo cual le inicia en el papel de promotor y protagonista lúcido del movimiento literario de México, adelantándose en este punto a ideas hoy aceptadas, cuando dice que si su generación es paupérrima e insignificante —cosa no confirmada— tiene "algo de que puede mostrarse orgullosa: que no haya llegado a interrumpirse, a cortarse, la tradición de una cultura mexicana..." continuidad por la que labora tan inteligentemente Monterde.

Prototipo de semejantes libros es el *Agustín F. Cuenca*, su tesis doctoral, en que estudia todos los aspectos del sujeto: El escritor y su época; la biografía olvidada; el drama, y las poesías. Hay que notar, de paso, que en los años de iniciación de Monterde en los trabajos literarios, hubo un intenso movimiento de difusión y de rescate auspiciados editorialmente por Cultura y por Porrúa, que hicieron accesibles lo mismo las páginas de los mexicanos —olvidados u operantes— que las de autores universales del momento. Y esto viene a cuento porque precisamente uno de los libros editados por México Moderno —editorial animada por Rafael Loera

y Chávez en la que colaboraba una pléyade brillante de maestros y de jóvenes como González Martínez, López Velarde, Gómez Morín, Torres Bodet, Manuel Toussaint y muchos más— fue los *Poemas selectos* de Cuenca cuya edición y prólogo se encomendaron precisamente a Toussaint, trabajo que mejoró y amplió, hasta dejarlo en definitivo, don Francisco Monterde. Un caso de la “crítica de última instancia” de que habló el maestro Reyes.

No sabemos, ni importa mucho en esta ocasión, si el Monterde crítico es razón o efecto del Monterde investigador y maestro. Y frente al clamor actual de los creadores por la falta de crítica, es preciso señalar también que no puede haberla sin el previo conocimiento y dominio de las disciplinas literarias que dotan al crítico de los instrumentos y técnicas para su trabajo. Precisamente por ello los trabajos de Monterde hacen excepción, pues sus juicios valorativos se apoyan en aquel dominio, y, además, en la experiencia personal adquirida a lo largo del tiempo que es, dicho sea de paso, insustituible porque da la madurez.

No, no podemos agotar en esta oportunidad la obra de Monterde. Allí está catalogada en diez artículos del *Boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, por la doctora Ann Sheila Noonan.

Obra rica y diversa en la que sin embargo se descubre la congruencia y la unidad, precisamente la que les imparte el hombre Monterde que tiene y sabe manejar un grupo de ideas salvadoras sobre las cuestiones trascendentales que nos atormentan hoy, como siempre ha ocurrido con el hombre. Aludo aquí a la posesión de una filosofía que capacita para seguir una norma de conducta: suave en el modo, fuerte en la cosa.

Suavidad y fortaleza se descubren en la vida y la obra de Monterde, tanto que nos permiten asegurar que además de sus merecimientos en las letras, en la vida es prototipo de caballeros y de cristianos.

Al evocar a don Joaquín García Icazbalceta, su tío abuelo, el doctor Monterde recordó el mote de ese ilustre anticuario mexicano: *Otium sine litteris mors est*. Y me parece que el mejor elogio que podemos hacer de nuestro amigo y maestro es afirmar que sus letras son vida: creación generosa y sapiente que contribuye a la continuidad de la cultura de México.